

Colección Pedagógica Universitaria

No. 37-38

enero-junio/julio-diciembre 2002

Estrategias de reproducción y modos de dominación¹

Pierre Bourdieu

Una de las preguntas más importantes respecto del mundo social es la de saber por qué y cómo este mundo dura, persevera en el ser; cómo se perpetúa el orden social, es decir, el conjunto de relaciones de orden que lo constituyen. Para responder verdaderamente a esta pregunta, hay que rechazar tanto la visión “estructuralista” –según la cual las estructuras, llevando consigo el principio de su propia perpetuación, se reproducen con la colaboración obligada de los agentes subordinados a sus presiones–, como la visión interaccionista o etnometodológica (o más generalmente marginalista) –según la cual el mundo social es el producto de actos de construcción que los agentes operan, en cada momento, en una especie de “creación continua”. Hace falta, en otros términos, rechazar la pregunta sobre si los signos de sumisión que los subordinados conceden continuamente a sus superiores hacen y rehacen sin cesar la relación de dominación o si, a la inversa, la relación objetiva de dominación impone los signos de sumisión. De hecho, el mundo social está dotado de un *conatus*, como decían los filósofos clásicos, de una tendencia a perseverar en el ser, de un dinamismo interno, inscrito a la vez en las estructuras objetivas y en las estructuras “subjetivas”, las disposiciones de los agentes, y continuamente conservado y sostenido por acciones de construcción y reconstrucción de las estructuras que dependen en su principio de la posición ocupada en las estructuras por aquellos que las llevan a cabo. Toda sociedad descansa sobre la relación entre dos principios dinámicos, que son desigualmente importantes según las sociedades y que están inscritos, uno, en las estructuras objetivas, y más precisamente, en la estructura de la distribución del capital y en los mecanismos que tienden a asegurar la reproducción; el otro, en

Estrategias de reproducción...

las disposiciones (a la reproducción); y es en la relación entre estos dos principios que se definen los diferentes modos de reproducción, y en particular las estrategias de reproducción que les caracterizan.

Antes de entrar en abstracciones, inevitables, del intento de formalización o, si esto no fuere demasiado enfático, de axiomatización a la cual voy a dedicarme frente a ustedes, quisiera recordar brevemente las condiciones en las cuales nacieron y se desarrollaron las reflexiones teóricas que me han conducido a construir el concepto de sistema de estrategias de reproducción. Me parece necesario, especialmente por la presencia de un auditorio perteneciente en su mayoría a otra disciplina –la historia– y a otra tradición intelectual nacional, hacer explícito el contexto histórico en el cual –y *contra* el cual– he sido impelido a pensar toda una clase de acciones como estrategias –y no como la puesta en obra de reglas– objetivamente orientadas hacia la reproducción de ese cuerpo social que es la familia (o la “casa”) constituyendo un sistema.

Pero más que los malentendidos inherentes a la comunicación interdisciplinaria e internacional, temo aquellos que pueden resultar de la desrealización que produce la formalización. Frecuentemente pensé, por ejemplo, que el pensamiento de Max Weber ha sufrido mucho por lecturas teoricistas favorecidas por las tentativas de formalización que él mismo presentó, al final de su vida, en *Wirtschaft und Gesellschaft*, y que muchas de las deformaciones que su obra ha soportado hubieran sido evitables si muchos de sus lectores (por ejemplo Talcott Parsons) hubieran tenido una visión más exacta del contexto histórico específico (el espacio de los posibles científicos) respecto del cual se constituyó su pensamiento y de las investigaciones históricas en las cuales se afirmó. Por otro lado, en la medida que los principios de error contra los cuales han sido contruidos se mantienen vigentes, los conceptos más rigurosamente controlados están expuestos a ser el objeto de empleos distraídos y superficiales que, como sucede cotidianamente a nociones como capital cultural o capital simbólico, tienden a destruir el poder de *ruptura* que encierran.

No es fácil reconstituir de manera exacta el espacio de posibles teóricos frente al cual estaba colocado cuando, en los años sesenta, comencé a interesarme, a propósito del caso de Kabylia y del Béarn, en la lógica de los

intercambios matrimoniales y las prácticas testamentarias. Lo que es seguro es que estaba dominado por la visión estructuralista que, a favor de la noción de *regla*, podía dar las apariencias de una revolución teórica a una restauración del *juridicismo* que, desde el origen, había frecuentado las investigaciones etnológicas en materia de teorías sobre el parentesco, como lo ha mostrado Louis Dumont, pero también y sobre todo en materia de teorías de la devolución de los bienes. Es típica de esta visión la lectura que Emmanuel Le Roy Ladurie hará de los trabajos de Jean Yver que conducen a definir áreas geográficas al interior de las cuales se imponen normas testamentarias inflexibles, dejando sin ningún lugar a los acomodados y a las negociaciones.² Sin duda porque participé de esa *mood* teórica, incontestablemente ligada al prestigio extraordinario que entonces detentaba, a los ojos de todos los investigadores en ciencias sociales, la obra de Claude Lévi-Strauss, y particularmente *Las estructuras elementales del parentesco*, yo había intentado, en un primer trabajo sobre el caso de Béarn, construir un modelo ligando los intercambios matrimoniales a las tradiciones testamentarias.³ Pero un estudio más profundo de matrimonios concretos, y en particular de separaciones, tanto en Kabylia como en Béarn, me condujo poco a poco a poner en duda la visión estructuralista, que tal vez debía una parte de su seducción al hecho de reducir el funcionamiento social a una suerte de mecanismo de relojería, puesto al día por una especie de Dios relojero, exterior y superior a su creación. Me parecía, en efecto, que tanto en el caso de Kabylia como en Béarn, la norma oficial, el “matrimonio preferencial” con la prima paralela o el derecho de primogénito, no era más que una de las presiones, y no la más imperativa, con las cuales los agentes debían contar para concebir sus estrategias testamentarias o matrimoniales; y por tanto debía abandonar la visión altiva y la “mirada distante” que caracterizaban la visión estructuralista para colocarme, a través de un cambio radical de “paradigma” (en el sentido de Kuhn), simbolizado por el recurso a la noción de estrategia, al principio mismo de la práctica, en el punto de vista de los agentes –lo que no quiere decir, como a veces lo ha sugerido Lévi-Strauss, en su conciencia, por una regresión hacia una fenomenología subjetivista, que sirve de fundamento a una visión ingenuamente “espontaneísta” del orden social.⁴ Este cambio de la relación a los agentes –menos distante– y a la práctica –menos intelectualista– implicaba una transformación profunda de la perspectiva sobre las prácticas, es decir, la construcción de una teoría de la práctica fundada en una teoría reflexiva de la

mirada teórica (o del “*scholastics bias*”) que implicaba una transformación profunda de la manera de realizar la investigación sobre las estrategias matrimoniales y testamentarias. Es así, por ejemplo, que en el caso de Kabylia, pude mostrar, con Abdelmalek Sayad, que ese elemento fundamental del capital simbólico que es el nombre propio era la apuesta de estrategias extremadamente complejas, tanto para los ascendentes como entre los descendientes –estrategias que otros han podido observar en lugares y tradiciones muy diferentes.⁵ Hablar de apuestas, exige abandonar la lógica mecanicista de la estructura por la lógica dinámica y abierta del juego, y obligarse a tomar en cuenta, para comprender cada nueva jugada, toda la serie de jugadas anteriores, tanto en materia matrimonial como en materia testamentaria. Es obligarse a reintroducir el tiempo –que Leibniz definía como “el orden de las sucesiones”– y también, a la manera de los mismos agentes, el conjunto (o el sistema) de estrategias de todos los tipos, matrimoniales y testamentarias, pero también económicas, educativas, etc., que están en el principio del estado del juego y del poder sobre el juego, y, a través de él, de toda nueva estrategia.

El cuerpo de proposiciones teóricas que voy a intentar exponer se apoya sobre toda una serie de análisis históricos muy precisos de las estrategias que, en contextos muy diferentes, agentes muy distintos –los campesinos kabyles o de Béarn, los líderes de las industrias preocupados por asegurar la perpetuación de su empresa o de los empleados deseosos de transmitir su capital cultural asegurando su conversión en capital escolar– aplican, y a través de las cuales se completa el *conatus* de la unidad doméstica. Lo mismo que los análisis llamados etnológicos que llevé a cabo a propósito de Béarn o de Kabylia no han dejado de orientar mis investigaciones sobre las estrategias educativas que las diferentes categorías sociales ponen en marcha, hoy día, en todas las sociedades avanzadas, para reproducir su posición en el espacio social, esos análisis llamados sociológicos me han permitido comprender más adecuadamente las transformaciones de las estrategias matrimoniales de las sociedades rurales que han estado determinadas por la unificación del mercado de bienes simbólicos y por la transformación profunda del sistema de mecanismos de reproducción, ligado al crecimiento extraordinario del peso del sistema escolar.⁶

Se puede armar una especie de cuadro de las grandes clases de *estrategias de reproducción* (engendradas por esas disposiciones) que se encuentran en todas las sociedades, pero con pesos diferentes (según el grado de objetivación del capital) y bajo formas que varían según la naturaleza del capital que trata de transmitirse y el estado de los mecanismos de reproducción disponibles (por ejemplo, las tradiciones testamentarias). Esta construcción teórica permite restaurar en el análisis científico la unidad de prácticas que son casi siempre aprehendidas en orden disperso y separadas por ciencias diferentes (derecho, demografía, economía, sociología).

Aunque sean, en la práctica, interdependientes y estén entremezcladas, uno puede distribuir las estrategias de reproducción en algunas grandes clases. Entre las estrategias de *inversión biológica*, las más importantes son las *estrategias de fecundidad* y las *estrategias profilácticas*. Las primeras son estrategias a muy largo plazo, que comprometen todo el futuro de la descendencia y de su patrimonio, y tienen por objeto controlar la fecundidad, es decir, el aumento o la reducción del número de hijos, y por tanto, la fuerza del grupo familiar, pero también el número de pretendientes potenciales del patrimonio material y simbólico: según el estado de medios disponibles, ellas pueden tomar caminos directos, con las técnicas de control de nacimientos, o indirectas, con el matrimonio tardío o el celibato, por ejemplo, que tienen la doble ventaja de impedir la reproducción biológica y de excluir (al menos en los hechos) de la herencia (es la función de orientación hacia el sacerdocio de algunos de los hijos en las familias aristocráticas o burguesas bajo el Antiguo Régimen, o del celibato de los hijos menores en ciertas tradiciones campesinas favoreciendo al primogénito). Las *estrategias profilácticas* están destinadas a mantener el patrimonio biológico asegurando los cuidados continuos o discontinuos destinados a mantener la salud o a eludir la enfermedad y, más generalmente, asegurando una gestión razonable del capital corporal.

Las *estrategias testamentarias* buscan asegurar la transmisión del patrimonio material entre generaciones con el mínimo de desperdicio posible dentro de los límites de las posibilidades ofrecidas por la costumbre o el derecho –así fuere recurriendo a todos los artificios y a todos los subterfugios disponibles en los límites del derecho o a todos los “favores”⁷ (como la transmisión directa e invisible de efectivo o de objetos). Estas estrategias se especifican según la especie de capital que se trata de transmitir, digamos según la composición del patrimonio.

Estrategias de reproducción...

Las *estrategias educativas*, de las cuales las estrategias escolares de las familias o de los niños escolarizados son un caso particular, son estrategias de inversión a muy largo plazo que no necesariamente son percibidas como tales y no se reducen, como lo cree la economía del “capital humano”, sólo a su dimensión económica, o incluso monetaria: en efecto, ellas tienden, antes que todo, a producir los agentes sociales dignos y capaces de recibir la herencia del grupo, es decir de transmitirla en su momento al grupo. Es el caso específico de las estrategias “éticas” que buscan inculcar la sumisión del individuo y de sus intereses al grupo y a sus intereses superiores, y que por ese hecho, cumplen una función fundamental asegurando la reproducción de la familia que es ella misma el “sujeto” de las estrategias de reproducción.

Las *estrategias de inversión económica*, en el sentido amplio del término, están orientadas hacia la perpetuación o el aumento del capital bajo sus diferentes especies. A las estrategias de inversión económica en sentido restringido, hace falta añadir las *estrategias de inversión social*, orientadas hacia la instauración o el mantenimiento de relaciones sociales directamente utilizables o movilizables, a corto o a largo plazo; es decir, hacia su transformación en *obligaciones* durables, sentidas subjetivamente (sentimientos de reconocimiento, de respeto, etc.) o institucionalmente garantizadas (derechos), convertidas en capital social y en capital simbólico a través de la alquimia del intercambio –de dinero, de trabajo, de tiempo, etc– y por todo un trabajo específico de mantenimiento de relaciones. Las *estrategias matrimoniales*, ejemplo particular de los precedentes, deben asegurar la reproducción biológica del grupo sin amenazar su reproducción social por un mal matrimonio y contribuir, por la alianza con un grupo al menos equivalente bajo todas las relaciones socialmente pertinentes, al mantenimiento del capital social.

Las estrategias de *inversión simbólica* son todas las acciones que tienen por objeto conservar o aumentar el capital de reconocimiento (en los diferentes sentidos del término), privilegiando la reproducción de los esquemas de percepción y de apreciación más favorables a sus propietarios y produciendo las acciones susceptibles de ser apreciadas favorablemente según esas categorías (por ejemplo mostrar la fuerza para no tener que servirse de ella). Las *estrategias de sociodicea*,⁸ que son un caso particular, buscan legitimar la dominación y su fundamento (es decir la especie de capital sobre la cual se apoya) naturalizándolas.

Las estrategias de reproducción tienen por principio no una intención consciente y racional, sino las disposiciones del habitus que tienden espontáneamente a reproducir las condiciones de su propia producción. Dado que ellas dependen de las condiciones sociales de las cuales el habitus es producto, es decir, en las sociedades diferenciadas, del volumen y la estructura del capital poseído por la familia (y de su evolución en el tiempo), ellas tienden a perpetuar su identidad, que está diferenciada, manteniendo las separaciones, las distancias y las jerarquías, y contribuyen así en forma práctica a la reproducción de todo el sistema de diferencias constitutivas del orden social.⁹ Las estrategias de reproducción engendradas por las disposiciones a la reproducción inherentes al habitus pueden duplicarse en estrategias conscientes, individuales y a veces colectivas, que estando casi siempre inspiradas por la crisis del modo de reproducción establecido, no contribuyen necesariamente a la realización de los fines que persiguen.

Las estrategias de reproducción constituyen un *sistema* y, con ese título, están al principio de suplencias funcionales y de efectos compensatorios ligados a la unidad de función; las estrategias matrimoniales pueden, por ejemplo, suplir al fracaso de las estrategias de fecundidad. Del hecho de que ellas se aplican en puntos diferentes del ciclo de vida como proceso irreversible, las diferentes estrategias de reproducción están también *cronológicamente articuladas*, cada una de ellas, debiendo en cada momento contar con los resultados esperados por aquella que le ha precedido o que tiene un alcance temporal más corto: es así, por ejemplo, que en la tradición béarnesa, las estrategias matrimoniales dependen muy directamente de las estrategias de fecundidad de la familia, por intermedio del número y del sexo de los hijos, pretendientes potenciales a una “dote” o a una compensación; pero también de las estrategias educativas, en las que el éxito era la condición de la aplicación de estrategias buscando separar de la herencia a las hijas y a los hijos menores (unas a través del matrimonio apropiado y los otros a través del celibato o la emigración) y en fin, de las estrategias propiamente económicas buscando entre otras cosas el mantenimiento o el aumento del patrimonio. Esta interdependencia se extiende a varias generaciones; una familia podría estar obligada a imponerse, durante largo tiempo, pesados sacrificios para compensar las “salidas” que habían sido necesarias para “dotar” en tierras o dinero a una familia muy numerosa o para reestablecer la posición material y sobre todo simbólica del grupo después de un matrimonio con una persona considerada como inferior por nacimiento o por el medio al cual pertenece.¹⁰ Los mismos análisis se

aplican a las grandes familias aristocráticas y a las familias reales, cuyas estrategias domésticas se convierten en asuntos de Estado (guerras de sucesión, etc.).¹¹

Una historia comparada de los sistemas de estrategias de reproducción debe tomar en cuenta, por una parte, la composición del patrimonio que trata de transmitirse, es decir, el *peso relativo de las diferentes especies de capital*, y por otra, el estado de los mecanismos de reproducción (mercado, específicamente el mercado de trabajo, derecho, específicamente el derecho de sucesión o de propiedad, institución escolar y título escolar, etc.). Por ejemplo, el peso determinante que detenta el capital simbólico en el patrimonio de los campesinos kabyles (en razón de la tradición de indivisión de la tierra y del lugar eminente acordado a los valores de honor, por tanto a la reputación del grupo) hace de esta sociedad una especie de laboratorio para el estudio de las estrategias de acumulación, de reproducción y de transmisión del capital simbólico: las estrategias que se desarrollan alrededor de la transmisión de nombres propios de ancestros prestigiosos, como yo las he analizado, o la importancia a primera vista desmesurada que es otorgada a los juegos de honor, se explican sin duda por el hecho de que la acumulación de capital simbólico, forma extremadamente frágil y lábil, representa la forma principal de acumulación.¹² Esas estrategias se encuentran entre los campesinos béarneses, preocupados por conservar, aumentar y transmitir el nombre y el renombre de la “casa”, pero se complican por el hecho de que la tierra poseída asigna un límite a las estrategias, y en particular al *bluff* que autoriza la lógica de los juegos simbólicos.¹³ Y otras presiones, propiamente jurídicas, pero también políticas, dan su fisonomía particular a las estrategias de familias reales o aristocráticas, bien que la familiaridad con las estrategias de “casas” campesinas permite comprender inmediatamente el principio.¹⁴

Pero las diferentes estrategias de reproducción no se definen completamente más que en relación con los mecanismos de reproducción, institucionalizados o no. El sistema de estrategias de reproducción de una unidad doméstica depende de las ventajas diferenciales que ella puede esperar de distintas inversiones, en función de los poderes efectivos sobre los mecanismos institucionalizados (mercado económico, mercado escolar, mercado matrimonial) que le aseguran el volumen y la estructura de su capital. A través de la estructura de oportunidades disímiles de beneficio, que son objetivamente ofrecidas a sus inversores por los

diferentes mercados sociales, se imponen sistemas de preferencias (o de intereses) distintos y *propensiones* del todo distantes a *invertir en los diferentes instrumentos de reproducción*. Por ejemplo, todo el largo periodo de transición del Estado dinástico al Estado burocrático está marcado, tanto en Francia como en Inglaterra, por una lucha entre aquellos que no querían conocer y reconocer las estrategias de reproducción con base familiar (los hermanos del rey), fundadas sobre los vínculos sanguíneos, y aquellos que invocaban las estrategias de reproducción burocráticas (los ministros del rey), fundadas sobre la transmisión escolar del capital cultural. En nuestras sociedades, donde diferentes instrumentos de reproducción están disponibles, la estructura de la distribución de poderes sobre los instrumentos de reproducción es el factor determinante del rendimiento diferencial que los distintos instrumentos de reproducción están en la medida de ofrecer a las inversiones de diversos agentes, y por tanto, de la reproducibilidad de su patrimonio y de su posición social, y por tanto de la estructura de sus propensiones diferenciales a invertir sobre los distintos mercados. Se ha podido mostrar, por ejemplo, que el sistema escolar no puede contribuir a la reproducción de la estructura social y, más precisamente, de la estructura de la distribución del capital cultural, condenando a los niños a una eliminación tanto más probable cuando provienen de familias más desprovistas de capital cultural, que en la medida que esos niños (y sus familias) tienen tantas más oportunidades de tener disposiciones que los inclinan a la autoeliminación (como la indiferencia o la resistencia a las incitaciones escolares) que si ellos están situados en una posición más desfavorecida en la estructura de la distribución del capital cultural.¹⁵

Igualmente, hoy se ve oponerse, en el seno del campo del poder e incluso en el seno del campo de poder económico, agentes que, en función del capital que poseen, mayormente económico o más cultural, se orientan hacia estrategias de reproducción fundadas sea sobre *la inversión en la economía* o sea sobre *la inversión en la escuela*: entre los patrones “familiares”, la transmisión enteramente controlada por la familia de un derecho de propiedad hereditario, y por otro lado, la transmisión, más o menos asegurada por el Estado, de un poder vitalicio, fundado en el título escolar, que, a diferencia del título de propiedad o del título de nobleza, no es transferible hereditariamente. De modo general, la propensión a invertir en el sistema escolar depende del peso relativo del capital cultural en la estructura del patrimonio: a diferencia de los empleados o de los profesores que concentran sus

Estrategias de reproducción...

inversiones en el mercado escolar, los patrones familiares, en los que el éxito social no depende al mismo grado del éxito escolar, invierten menos “interés” y trabajo en sus estudios y no obtienen el mismo rendimiento de su capital cultural.

Las transformaciones de la relación entre el patrimonio, considerado en su volumen y su estructura, y el sistema de instrumentos de reproducción, con la transformación correlativa de oportunidades de beneficio, tienden a llevar a cabo una *reestructuración* del sistema de estrategias de reproducción: quienes detentan el capital no pueden mantener su posición en la estructura social más que pagando el precio de una *reconversión* de las especies de capital que poseen en otras especies, más rentables y más legítimas en el estado considerado de instrumentos de reproducción: así, por ejemplo, es el principio de la reconversión, en la Alemania del siglo XIX, de una aristocracia latifundista en burocracia de Estado.

En los universos sociales donde los dominantes deben cambiar sin cesar para conservarse, tienden necesariamente a dividirse, sobre todo en los periodos de rápida transformación de los modos de reproducción, según el grado de reconversión de sus estrategias de reproducción: los agentes o los grupos mejor provistos de especies de capital que posibilitan recurrir a nuevos instrumentos de reproducción, los cuales son los más inclinados y los más aptos a emprender una reconversión, se oponen a aquellos que están más ligados a la especie de capital amenazada (por ejemplo, en vísperas de la revolución de 1789, los pequeños aristócratas de provincia sin fortuna ni cultura se oponen a la nobleza y a la burguesía aristocratizada o, en 1968, los profesores de las disciplinas más directamente subordinadas a los concursos de reclutamiento de profesores –gramática, lenguas antiguas o incluso filosofía– se oponían a los profesores de nuevas disciplinas, como las ciencias sociales). Muchas de las grandes oposiciones que están en el centro de los debates ideológicos de una época (por ejemplo, las discusiones actuales sobre la “cultura”) no son más que el enfrentamiento de diferentes formas de *sociodicea* conservadora: aquellas que buscan antes que nada legitimar el modo de reproducción antiguo, diciendo eso que llevaba sin decirse hasta ahora, y transformando la doxa en ortodoxia, se oponen a quienes buscan racionalizar, en el doble sentido de la palabra, la reconversión apresurando la toma de conciencia de las transformaciones y la elaboración de estrategias adaptadas, legitimando esas estrategias a los ojos de los “integristas”.

De esta manera, la mayor virtud de la construcción de la noción de modo de reproducción como relación entre un sistema de estrategias de reproducción y un sistema de mecanismos de reproducción, es que ella permite construir y comprender *de manera unificada* fenómenos pertenecientes a universos sociales muy alejados, como la transmisión de los nombres propios en Kabylia y en la Italia del Renacimiento¹⁶ o la política de las grandes dinastías reales y la política doméstica de las familias campesinas (y de hacer desaparecer de un solo golpe la ruinosa oposición entre sociología, historia y etnología). Pero ella no debe hacernos olvidar, por tanto (por esta especie de “etnologismo” que ha afectado a la última Escuela de los Anales), las *diferencias* profundas entre sociedades donde las disposiciones a la reproducción y las estrategias de reproducción que ellas engendran no encuentran otro apoyo, en la objetividad de las estructuras sociales, más que en las estructuras familiares, instrumento mayor, si no exclusivo, de reproducción, y deben por tanto organizarse alrededor de estrategias educativas y matrimoniales; y las sociedades donde ellas pueden apoyarse a la vez sobre las estructuras del mundo económico y sobre las estructuras de un Estado organizado, donde las más importantes, desde el punto de vista de la reproducción, son las estructuras de la institución escolar.

Las sociedades precapitalistas o protocapitalistas se distinguen de las sociedades capitalistas porque en aquellas el capital está mucho menos objetivado (y codificado) que en las sociedades capitalistas, y mucho menos inscrito en las instituciones capaces de asegurar su propia perpetuación y de contribuir, por su funcionamiento, a la reproducción de las relaciones de orden que son constitutivas del orden social. De aquí se deriva que, en esas sociedades, el problema de la perpetuación de las relaciones sociales, y especialmente de las relaciones sociales de dominación, se presenta de una manera particularmente dramática: ¿cómo es posible mantener a alguien duraderamente? ¿Cómo se pueden instaurar relaciones de trabajo, de intercambio, etc., y particularmente relaciones asimétricas de dominación que sean capaces de perpetuarse perdurablemente, incluso más allá de los límites de la vida de aquellos que ellas comprometen?¹⁷ Se puede citar a Marx, quien opone las sociedades en las que las relaciones de producción toman la forma de “relaciones de dependencia personal” y las sociedades donde ellas descansan sobre “la independencia de las personas fundada sobre la dependencia

material”.¹⁸ Y de hecho, hace mucho tiempo que estructuras objetivas como el mercado de trabajo (y el “trabajador libre”, en el sentido de Weber) y el conjunto de instituciones estatales, de las cuales la más importante, desde ese punto de vista, es la institución escolar, no existen, los dominantes deben consagrarse a un trabajo de creación continua de las relaciones sociales, reducidas a las relaciones personales. Eso se ve bien en el caso de las relaciones entre el fellah y su khammès, aparcerero en la quinta:¹⁹ el patrón debe mantener continuamente la relación, por toda una serie de intercambios que buscan identificarlo a una relación entre parientes (puede llegar hasta dar una de las hijas a uno de los hijos del khammès). En la ausencia de lo que Sartre llamaba la “violencia inerte”, los mecanismos económicos y sociales, como aquellos del mercado de trabajo y de la violencia legítima de las reglas del derecho, él está obligado a recurrir a esas formas suaves o eufemísticas de la presión que definen la *violencia simbólica*, con todos los recursos del paternalismo (y que pueden asociarse a la violencia física brutalmente ejercida, como en la venganza).²⁰

De esta manera, las sociedades precapitalistas o protocapitalistas no ofrecen las condiciones de una dominación impersonal y, menos todavía, de una reproducción impersonal de las relaciones de dominación. Estas sociedades no disponen de la violencia escondida de los mecanismos objetivos, donde es suficiente *dejar hacer*, como el mercado de trabajo o el mercado escolar. De aquí se deriva que la perpetuación de las relaciones sociales descansa casi exclusivamente sobre los habitus, es decir, sobre las disposiciones socialmente instituidas por estrategias metódicas de inversión educativa, que inclinan a los agentes a producir el trabajo continuo de mantenimiento de las relaciones sociales (específicamente con el trabajo simbólico de construcción y de reconstrucción genealógica), en consecuencia del capital social, y también del capital simbólico de reconocimiento que buscan los intercambios reglamentados, y en particular, los intercambios matrimoniales. Y si las estrategias matrimoniales ocupan un lugar tan importante en el sistema de estrategias de reproducción, es porque, sin estar necesariamente codificado de manera tan perfecta y rigurosa como lo hacen creer ciertas teorías del parentesco, el vínculo matrimonial aparece como uno de los instrumentos más seguros que se encuentran propuestos, en la mayoría de las sociedades (y todavía en las sociedades contemporáneas), para asegurar la reproducción del capital social y del capital simbólico, salvaguardando el capital económico.

En las sociedades donde los agentes están de más en más duraderamente colocados (especialmente en posición dominada) por el efecto de mecanismos generales, como aquellos que regulan el mundo económico y el mundo cultural (y donde podríamos decir que, *grosso modo*, capital llama capital), el peso de las estrategias matrimoniales tiende globalmente a disminuir, aun cuando siga siendo todavía importante, mientras la familia posea el control entero de una empresa agrícola, industrial o comercial (en ese caso, las estrategias por las cuales la familia busca asegurar su propia reproducción —estrategias de fecundidad, estrategias educativas, estrategias testamentarias y sobre todo estrategias matrimoniales— tienden a subordinarse a las estrategias propiamente económicas).

En la medida que un campo económico dotado de sus propias leyes de desarrollo se constituye, y que ahí se instauran los mecanismos que aseguran la reproducción durable de su estructura, y con el cual el Estado contribuye a garantizar la constancia (como aquellos que están ligados a la existencia de la moneda y que fundan la confianza necesaria para hacer posibles las inversiones transgeneracionales), el poder directo y personal sobre las personas tiende a ceder de más en más el lugar al poder sobre los mecanismos que aseguran el capital económico o el capital cultural (el título escolar).

La emergencia del Estado, que organiza la concentración y la redistribución de las diferentes especies de capital —económico, cultural y simbólico—, conlleva una transformación de las estrategias de reproducción, de las cuales podemos ver un ejemplo, para el capital simbólico, en el paso del honor feudal —fundado sobre el reconocimiento otorgado por los pares y por los plebeyos, obligados sin cesar a conquistarlo y a mantenerlo—, a los honores burocráticamente conferidos por el Estado. Un proceso análogo se observa en el caso del capital cultural. La historia de las sociedades europeas está profundamente marcada por el desarrollo progresivo, al seno del campo del poder, de un *modo de reproducción con base en un componente escolar*, del cual se observan en principio los efectos en el mismo campo del poder con el paso de la lógica dinástica de “la casa del rey”, fundada sobre un modo de reproducción familiar, a la lógica burocrática de la razón de Estado, fundada sobre un modo de reproducción escolar. Uno de los factores de esta evolución es el conjunto de contradicciones y de conflictos que nacen con la coexistencia, en el seno del Estado dinástico, de *dos categorías de agentes*, el

Estrategias de reproducción...

rey y su parentela de una parte, y de la otra los funcionarios del rey; es decir, de dos modos de reproducción y de dos poderes, un poder heredado y transmisible hereditariamente por la sangre, y por lo tanto fundado sobre la naturaleza (con el título nobiliario), y un poder adquirido y vitalicio, fundado en el “don” y el mérito, y garantizado por el derecho (con el título escolar). El proceso de desfeudalización que conduce del Estado dinástico al Estado burocrático puede ser descrito como un proceso de desnaturalización, una ruptura progresiva de los vínculos naturales, de las lealtades primarias con base familiar. El estado moderno es en principio *antiphysis* y la lealtad hacia el Estado supone una ruptura con todas las fidelidades originarias.

El Estado, heredero de un proceso de erradicación de todo vestigio de vínculos naturales –que sobreviven a pesar de todo en el nepotismo y el favoritismo–, favorece y garantiza el funcionamiento del modo de reproducción escolar en el seno del campo del poder de Estado, pero también en el seno del campo de poder económico, del cual podemos aprehender *la lógica específica comparándola* al modo de reproducción familiar que se perpetua a pesar de todo (en una oposición que no puede explicarse sin evocar aquella que se establecía entre la casa del rey y los funcionarios reales).

En las grandes firmas burocráticas, el diploma deja de ser un simple atributo estatutario (como el diploma de derecho de un empresario privado) para volverse un verdadero derecho de entrada: *la escuela* (bajo la forma de una “grande école”) y el *cuerpo*, grupo social que la escuela produce en apariencia *ex nihilo* (pero de hecho producido a partir de propiedades ligadas a la familia), toman el lugar de la familia y la parentela; con la cooptación de los condiscípulos sobre la base de solidaridades de escuela o de cuerpo, se juega el rol que vuelve al nepotismo y a las solidaridades de clan en las empresas familiares.

Toda estrategia de reproducción implica una forma de *numerus clausus*, en términos de las funciones de inclusión y exclusión que limitan sea el número de los productos biológicos del cuerpo (aunque sólo la familia puede hacerlo), sea el número de individuos habilitados a formar parte (lo que puede conducir a excluir una parte de los productos biológicos del cuerpo, mujeres, hijos menores, etc.). Lo más importante, es que en el modo de reproducción “familiar”, la responsabilidad de estos ajustes incumbe a la familia. Con el modo de reproducción de componente

escolar, al cual los patrones tecnocráticos deben su posición, la familia pierde el control de las opciones testamentarias y el poder de designar ella misma a los herederos. Lo que caracteriza al modo de reproducción escolar, es la lógica propiamente *estadística* de su funcionamiento. La responsabilidad de la transmisión no incumbe más a una persona o a un grupo, obligados u orientados por la tradición (derecho del primogénito, etc), como en la transmisión familiar, sino a todo un conjunto de agentes, individuales o colectivos, cuyas acciones, aisladas y estadísticamente agregadas, tienden a asegurar a la clase en su conjunto los privilegios que ella rechaza hacia tal o cual de sus elementos tomado de modo separado: la Escuela no puede contribuir a la reproducción de la clase (en el sentido lógico del término) más que sacrificando ciertos miembros de la clase que se ahorrarán un modo de reproducción dejando a la familia el pleno poder sobre la transmisión. *La contradicción específica* del modo de reproducción escolar reside en la oposición entre los intereses de la clase que la escuela sirve estadísticamente y los intereses de los miembros que ella sacrifica. Y también en el hecho de que la sobreproducción, con todas las contradicciones que ella implica, se vuelve una constante estructural cuando, con el modo de reproducción con componente escolar, las oportunidades teóricamente iguales son ofrecidas a todos los “herederos” –mujeres tanto como hombres, hijos menores tanto como primogénitos–, para obtener títulos escolares, al mismo tiempo que el acceso de los “no-herederos” a esos títulos se incrementa también (en números absolutos) y que la eliminación brutal, desde la entrada a la enseñanza secundaria, cede su lugar a una eliminación suave. La crisis de 1968 es sin duda, por una parte, el efecto de esta contradicción.

Habríamos de cuidarnos siempre de reducir la oposición entre los dos modos de reproducción a la oposición entre recurrir a la familia y recurrir a la escuela. Se trata sobre todo, de hecho, de la diferencia entre una gestión puramente familiar de los problemas de reproducción y una gestión familiar que utiliza a la Escuela en las estrategias de reproducción. En efecto, además de la acción de reproducción que ejerce la escuela, ésta se apoya en la transmisión doméstica del capital cultural; la familia continúa introduciendo la lógica relativamente autónoma de su propia economía, lo cual le permite acumular el capital que detenta cada uno de sus miembros, al servicio de la acumulación y de la transmisión del patrimonio.

Estrategias de reproducción...

Otro error posible, es el que consistiría en concluir, según un esquema evolucionista simple, que los dos modos de reproducción corresponden a momentos de una evolución inseparable de aquella que conduce, según ciertos autores, de un modo de dominación fundado sobre la propiedad y los *owners* a otro, más racional y más democrático, fundado en la “competencia” y los *managers*. De hecho, la definición del modo de reproducción legítimo es una *apuesta de luchas*, especialmente en el seno del campo de poder económico, y hay que tener cuidado de considerar como el fin de la historia eso que no es más que un estado de fuerzas susceptible de ser transformado. Esas luchas toman frecuentemente la forma de una lucha por el *poder del Estado* y sobre el poder que está en medida de ejercer sobre el sistema de instrumentos de reproducción, económicos o escolares particularmente.

Habría que analizar largamente los efectos de la transformación del modo de reproducción sobre el funcionamiento de la familia como instancia responsable de la reproducción e, inversamente, los efectos de la transformación en la familia (por ejemplo, con la elevación de las tasas de divorcio) sobre el funcionamiento del modo de reproducción con componente escolar. ¿La crisis de la familia está ligada a las transformaciones de las estrategias de reproducción tendientes a reducir la necesidad de la unidad doméstica? Pero muchos índices llevan a creer que la familia burguesa continúa cultivando su integración social, que es la condición mayor de su contribución a la perpetuación de su capital social y de su capital simbólico y, por ello, de su capital económico. Estamos lejos todavía del agente económico aislado, tal como lo describen los economistas.

Lo anterior conduce a preguntarse quién es, en definitiva, el “sujeto” de las estrategias de reproducción. Es cierto que la familia y las estrategias de reproducción han surgido juntas: sin familia, no habría estrategias de reproducción; sin estrategias de reproducción, no habría familia (o *cuerpo* y de *Stand* como casi familia). Hace falta que la familia exista —lo que no se explica por sí mismo— para que las estrategias de reproducción sean posibles; y las estrategias de reproducción son la condición de la perpetuación de la familia, en su creación continua. La familia, en la forma particular que ella reviste en cada sociedad, es una *ficción social* (frecuentemente convertida en ficción jurídica) que se instituye en la realidad a precio de un trabajo que busca instituir duraderamente en cada uno de los

miembros de la unidad instituida (especialmente por el matrimonio como rito de institución) los sentimientos apropiados para asegurar la integración de esta unidad y la *creencia* en el valor de esta unidad y de su integración. Puede observarse que las estrategias educativas tienen una función fundamental; como todo el *trabajo simbólico*, teórico (genealógico especialmente) y práctico (intercambio de dones, de servicios, fiestas y ceremonias, etc.), que incumbe particularmente a las mujeres y que transforma la obligación de amar en disposición amante y que tiende a dotar a cada uno de los miembros de la familia de un “espíritu de familia”: ese principio cognitivo de visión y de división es al mismo tiempo un principio práctico de cohesión, generador de adhesiones, de generosidades, de solidaridades y de una adhesión vital a la existencia de un grupo familiar y de sus intereses.

Ese trabajo de integración es tanto más indispensable que la familia; si ella debe, para estar conforme, funcionar como un *cuero*, tiende siempre a funcionar como un *campo*, con sus propias relaciones de fuerzas físicas, económicas y sobre todo simbólicas (ligadas especialmente al volumen y a la estructura del capital poseído por los diferentes miembros), y sus luchas por la conservación o la transformación de esas relaciones de fuerza. Es solamente al precio de un trabajo constante que las fuerzas de *fusión* (afectivas especialmente) llegan a oponerse o a compensar las fuerzas de *fisión*.

La unidad de la familia está hecha por y para la acumulación y la transmisión. El “sujeto” de la mayor parte de las estrategias de reproducción es la familia, actuando como una especie de sujeto colectivo y no como un simple agregado de individuos. Para comprender las estrategias colectivas de las familias (en el caso del matrimonio kabyle, por ejemplo, o en el caso de la compra de una casa en la Francia de hoy), hay que conocer primero la estructura y la historia de la relación de fuerzas entre los diferentes agentes y sus estrategias. Pero hace falta conocer también el volumen y la estructura del capital que las familias tienen para transmitir, y a partir de ello, la posición de cada uno en la estructura de la distribución de las diferentes especies de capital. Es, en efecto, esta posición la que orienta las estrategias (que es el verdadero sujeto) –lo que explica que, siguiendo su propio *conatus*, cada una de las familias contribuye a la reproducción del espacio de posiciones constitutivas de un orden social, por tanto, a la realización del *conatus* inscrito en este orden.²¹

Es posible ver mejor cómo responder a la pregunta, expuesta al principio, de las condiciones de permanencia del orden social. El mundo social no es ese universo radicalmente discontinuo que era para Hobbes, según Durkheim (“Para Hobbes, es un acto de voluntad el que da origen al orden social y su soporte es un acto de voluntad perpetuamente renovado”), y que proponen hoy todos aquellos que, preocupados por restituir su lugar al “sujeto”, conducen a reducir las relaciones sociales, incluyendo las relaciones de dominación, a los actos (de sumisión especialmente) que realizan los agentes en cada momento. Como el universo físico según Leibniz, tiene en sí mismo el principio de su dinamismo y de su lógica. Esta *vis insita*, que es también una *lex insita*, está inscrita a la vez en las estructuras objetivas (y los mecanismos que aseguran la reproducción, como aquellos que favorecen la reproducción de la distribución del capital cultural) y en las estructuras del habitus o, más precisamente, en la relación entre los unos y los otros; ella existe en las probabilidades objetivas que están inscritas en las tendencias inmanentes a los diferentes campos sociales (como tendencias a producir frecuencias estables y regularidades, frecuentemente reforzadas por reglas explícitas) y en las esperanzas subjetivas, groseramente ajustadas a esas tendencias, que están inscritas en las inclinaciones del habitus.

Traducción de Miguel A. Casillas²²

Notas

- ¹ Este texto es la transcripción del curso del Colegio de Francia impartido en Göttingen, Alemania, el 23 de septiembre de 1993. Apareció publicado por primera vez en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 105, en diciembre de 1994.
- ² Cf. J. Yver. (1966). *Égalité entre héritiers et Exclusion des enfants dotés. Essai de géographie coutumière*. Paris: Sirey. E. Le Roy Ladurie. (1972), "Structures familiales et coutume d'héritage en France au XVIe siècle: système de la coutume", *Annales ESC*, 4-5, p.825-846, retomado en *Le Territoire de l'historien*. Paris: Gallimard, p. 222-251.
- ³ Cf. P. Bourdieu. (1962) "Célibat et condition Paysanne", *Études rurales*, 5-6, abril-septiembre, p. 32-136. Sobre este trabajo y sus prolongaciones y

perfeccionamientos en la tradición etnológica, véase el número especial de la revista *Études rurales*: "La terre, secesión et héritage", 1988, p. 110-113.

- ⁴ La noción de estrategia, tal como yo la utilicé, tenía como primera virtud la de tomar en cuenta las presiones estructurales que pesan sobre los agentes (contra ciertas formas del individualismo metodológico), al mismo tiempo que la posibilidad de respuestas activas a esas presiones (contra cierta visión mecanicista del estructuralismo). Como lo indica la metáfora del juego, esas presiones están inscritas, por lo esencial, en el capital disponible (bajo sus diferentes especies), es decir, en la posición ocupada por una unidad determinada en la estructura de la distribución de ese capital, en la relación de fuerzas con otras unidades. En ruptura con el uso dominante de la noción, que considera las estrategias como los objetivos conscientes y a largo plazo de un agente individual, yo empleaba ese concepto para designar a los conjuntos de acciones ordenadas en busca de objetivos a más o menos largo plazo y no necesariamente admitidos como tales, que son producidos por los miembros de un colectivo como sería el caso de la familia (Cf. P. Bourdieu. "Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction", *Annales*, 4-5, julio-octubre, 1972, pp. 1105-1127; Cl. Lévi-Strauss, "L'ethnologie et l'histoire", *Annales ESC*, 6, noviembre-diciembre 1983, pp. 1217-123; P. Bourdieu, «De la règle aux stratégies» en *Choses dites*. Paris: Minuit, 1987, pp. 75-93)
- ⁵ P. Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Genève, Droz, 1966, pp. 82-83, 133-137; Christiane Klapisch-Zuber, *La Maison et le Nom, stratégies et rituels dans l'Italie de la Renaissance*, Paris, École des hautes études en sciences sociales, 1990.
- ⁶ Cf. P. Bourdieu, "Reproduction interdite. La dimension symbolique de la domination économique", *Études rurales*, No 113-114, enero-junio, 1989, pp. 15-36; "Le patronat", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 21, marzo-abril, 1978, pp.3-82.
- ⁷ Comillas de la traducción.
- ⁸ En el sentido de una sociología natural, que buscaría entender las diferencias sociales como parte de la naturaleza de las cosas, sin comprender que se trata de un proceso de construcción social (N. del T.)
- ⁹ El habitus tiende, en efecto, a perpetuarse según su determinación interna, afirmando su autonomía en relación a la situación (en lugar de someterse a

la determinación directa del entorno, como la materia).

- ¹⁰ Cf. P. Bourdieu, "Célibat...", loc. cit., y "les strategies...", loc. cit.
- ¹¹ Para otros ejemplos, cf. la bibliografía de Marie-Christine Zelem, en *Études rurales*, 110-112, 1988, pp. 325-357, y también Kojima Hiroshi, "A Demographic Evaluation of P. Bourdieu's 'Fertility Strategy'", *The Journal of Population Problems*, 45 (4), 1990, pp. 52-58.
- ¹² Cf. P. Bourdieu, *Esquisse...*, op. cit.
- ¹³ Cf. P. Bourdieu, "Célibat..."loc. cit. pp.32-136, y *Le sens pratique*, op. cit.
- ¹⁴ Cf. P. Bourdieu, "Espris d'État", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 96-97, marzo, 1993, pp. 49-62.
- ¹⁵ Lo que conduce a revocar también la distinción ordinaria entre métodos cuantitativos y métodos cualitativos: uno no puede realmente demostrar tales mecanismos más que a condición de conducir, simultáneamente, el análisis que podría decirse cualitativo de las disposiciones –por ejemplo los esquemas de percepción y de apreciación que los agentes individuales aplican en su selección de una disciplina– y el análisis estadístico de las estructuras –por ejemplo, las distribuciones según el sexo y el origen social entre las diferentes disciplinas.
- ¹⁶ Cf. P. Bourdieu, *Esquisse...*, op. cit., pp.82-83, 133-137. Christiane Klapisch-Zuber, *La Maison et le Nom...*, op. cit.
- ¹⁷ ¿Cómo, mientras que no se puede recurrir a la justicia o a la policía, podría uno cobrarle a un deudor? Como lo observa Renou, no hay otro recurso, frecuentemente, que la magia, o más precisamente, la maldición mágica (arma de los débiles, frecuente de las mujeres).
- ¹⁸ K. Marx, "Principes d'une critique de l'économie politique", en *Oeuvres*, I, Paris, Gallimard, Pléiade, p. 210.
- ¹⁹ Se trata de la relación donde un terrateniente brinda parte de su tierra para que los campesinos la trabajen a cambio de una renta o parte de la cosecha.
- ²⁰ Se puede advertir la simplificación que Norbert Elias hace de la realidad histórica cuando reduce la historia de la evolución de la violencia a un modelo lineal de deterioro continuo: si tanto es que los grandes modelos de evolución tuvieran un interés y un sentido, habríamos al menos de tomar el hecho de que, en muchas de las sociedades arcaicas, la violencia física más brutal (especialmente las relaciones con el *out group*) coincide con formas eufemísticas y estilizadas de violencia simbólica (con el intercambio de dones, por ejemplo), que esas formas refinadas (de las cuales el

paternalismo es un superviviente) han decaído a medida que se instauraba la violencia inerte de los mecanismos del mercado de trabajo y, en fin, que en las sociedades económicamente avanzadas, la violencia inerte encuentra un conector en la violencia suave del *management* ilustrado todas las veces que la relación de fuerzas lo impone.

²¹ En el caso de sociedades con base en Estado, hace falta conocer también la historia del trabajo de institucionalización del cual la familia tal y como la conocemos es producto. Esta cosa tan privada es de hecho un asunto público, en la medida en que la familia depende de acciones públicas tales como las políticas de vivienda o, más directamente, la política de la familia y el derecho familiar; garantizada por el Estado, ratificada por el Estado, ella recibe del Estado los medios de existir y de subsistir.

²² Doctor en sociología. Profesor investigador del Departamento de Sociología de la UAM-A; investigador invitado del IIE de la Universidad Veracruzana.